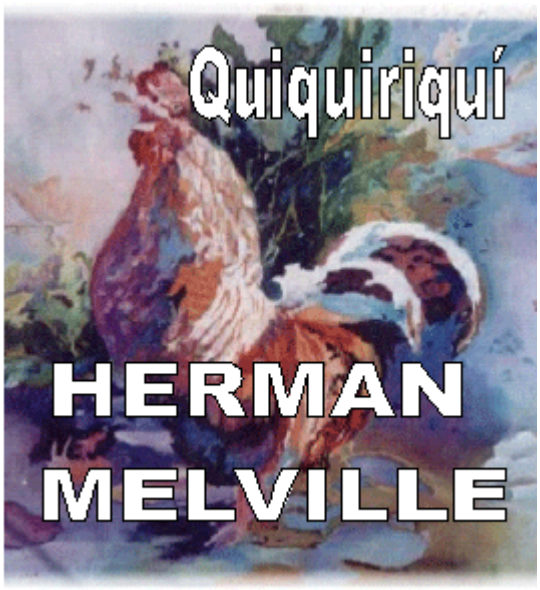
Quiquiriqui

Herman Melville



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

¡QUIQUIRIQUI!

O

EL CANTO DEL

NOBLE GALLO BENEVENTANO!

En todas partes del mundo, muchas fogosas rebeliones han asestado duros golpes en la cabeza de ruines despotismos; muchos atroces accidentes, de locomotora y de barco, han castigado similarmente las cabezas de animosos viajeros (perdí un querido amigo en una de esas catástrofes); mis propios asuntos particulares también estaban plagados de despotismos, catástrofes y golpes en la cabeza, cuando una mañana de primavera, bien temprano, demasiado lleno de hipocondría como para dormir, salí a caminar por mi pradera de la ladera de la colina.

El aire estaba fresco y húmedo, brumoso, desagradable. El campo parecía a medio hacer, con sus jugos crudos, destemplados, empapándolo todo. Me protegí de este aire húmedo lo mejor que pude abotonando mi delgado abrigo cruzado -mi sobretodo era tan largo que sólo lo usaba en mi carro-, y clavando rencorosamente mi bastón de manzano silvestre en el suelo fangoso, curvé mi triste figura para ascender por la empinada colina. Esta forzada postura aproximó mi cabeza a la tierra, como si estuviera a punto de chocarla contra el mundo. Tomé nota del hecho, pero ante él sólo sonreí con pálida sonrisa.

Todo a mi alrededor era signo de un imperio dividido. La hierba vieja y la hierba nueva porfiaban una con otra. En las pantanosas tierras bajas, la fronda estallaba en vívido verde; más allá, en las montañas, brillantes manchas de nieve contrastaban extrañamente con las laderas bermejas; todas esas gibosas colinas parecían vacas moteadas que tiritaban. Los bosques estaban cubiertos de ramas muertas y secas, quebradas por los tumultuosos vientos de marzo, y los árboles jóvenes que los bordeaban empezaban, recién, a mostrar el primer matiz amarillento en el ramaje naciente.

Me senté un momento en un gran tronco que se pudría cerca de la cumbre de la colina, dando la espalda a un denso bosquecillo, y mirando un amplio contorno de montañas, que encerraba una región sinuosa y variada. A lo largo de la base de la dilatada cadena de elevaciones, remoloneaba un río trémulo y febril, sobre el cual se duplicaba una corriente de chorreante bruma, que se correspondía exactamente, meandro por meandro, con su matriz inferior. Aquí y

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

allá, jirones de vapor vagaban indolentes por el aire, como naciones o navíos abandonados o sin timón, o toallas empapadas colgadas a secar en enmarañadas sogas. A lo lejos, sobre un pueblo distante situado al borde de una bahía de llanura entre las montañas, descansaba un gran dosel pleno de neblina, como un manto. Era el humo condensado de las chimeneas, sumado al aliento exhalado por los pobladores, que no podía dispersarse a causa de las colinas que los aprisionaban. Era demasiado pesado y sin vida para elevarse por cuenta propia; así que allí se quedaba, entre el pueblo y el cielo, tratando de ocultar a muchos hombres con paperas y a muchos niños debiluchos.

Paseé la mirada sobre la espaciosa región ondulada, sobre las montañas, sobre el pueblo, sobre algunas granjas aquí y otras allá, y sobre bosques, montecillos, arroyos, rocas, páramos; y pensé para mí: qué marca leve deja el hombre en este inmenso, enorme planeta. Y, no obstante, el planeta deja marca en él. Qué horrible accidente fue el del Ohio, donde mi buen amigo y otros treinta buenos tipos fueron desviados a la eternidad por disposición de un maquinista estúpido, que no distinguía una válvula de un tubo de caldera. Y esa otra catástrofe ferroviaria, justo del otro lado de esas montañas, en la que dos trenes infatuados corrieron atropelladamente uno contra otro, y se encaramaron y clavaron uno en el lomo del otro; una de las máquinas fue hallada encapsulada, como pollo en el huevo, en un vagón de pasajeros del tren enemigo; y una cantidad de nobles corazones, entre ellos una novia y su novio, y un pequeño inocente, todos fueron desembarcados en la siniestra barca de Caronte, que a todos transportó, sin ningún equipaje, a una u otra fundición de hierro y escorias. Y no obstante, ¿de qué sirve quejarse? ¿Qué juez de paz entiende en estos asuntos? ¿Y de qué sirve fastidiar en cuanto a esto a los mismos cielos? ¿No son acaso los mismos cielos los que ordenan esos acontecimientos, que en otro caso no ocurrirían?

¡Ah, mundo miserable! ¿Quién va a molestarse en hacer fortuna en él, cuando no sabe cuánto tiempo podrá conservarla, a causa de los miles de burros y villanos que conducen ferrocarriles *y* barcos de vapor, *y* muchísimas otras cosas vitales en el mundo? ¡Si por un tiempo me hicieran Dictador de Norteamérica los ahorcaría a todos! ¡Y los colgaría, arrastraría y descuartizaría; los freiría, los tostaría y los herviría; los estofaría, los asaría y los desmenuzaría, como si fueran patas de pavo... Eso haría con esos viles y bobalicones fogoneros; los mandaría a avivar el fuego en el Tártaro!

¡Grandes adelantos de la época! ¿Cuáles? ¿Llamar adelanto a la facilitación de la muerte y

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

el asesinato? ¿Quién quiere viajar tan rápido? Mi abuelo no quería, y no era ningún tonto. ¡Oigan! Ahí llega de nuevo ese viejo dragón, ese gigantesco tábano de Moloch: ¡bufa, resopla, chilla! Ahí viene rectamente a través de los bosques primaverales, como el cólera asiático a paso rápido de camello. ¡Apártense! ¡Aquí llega el asesino contratado, el monopolizador de la muerte! ¡Juez, jurado y verdugo a la vez, cuyas víctimas siempre perecen sin el auxilio de la religión! Doscientas cincuenta millas recorrió la fiera de hierro, aullando a través de la tierra, gritando: "¡Más, más, más!". ¡Ojalá esas cincuenta montañas se hubieran confabulado para caerle encima! Y, ya que estaban, también podrían caer encima de esa fiera menor que me acosa, mi acreedor, que aterra mi vida mucho más que cualquier locomotora: ese pillo de quijada larga que también parece correr sobre rieles, y que me apremia hasta en domingo, todo el camino de ida y vuelta a la iglesia, *y* viene *y* se sienta en mi mismo banco, y simulando la mayor cortesía me extiende el libro de oraciones abierto en el lugar adecuado, y mete su fastidiosa factura bajo mis narices en medio de mis devociones, interponiéndose entre mi salvación y yo; porque ¿cómo puede uno mantener la calma en semejante situación?

No puedo pagarle a ese hombre horrible. Sin embargo, dicen que nunca abundó tanto el dinero, que es un remedio al alcance de cualquiera. Que me culpen si puedo conseguir un poco de esa droga, aunque nunca hubo enfermo que necesite más que yo esa medicina. Es mentira, el dinero no abunda: escarben mis bolsillos. ¡Ja! Aquí está el polvo que iba a enviarle al bebé enfermo en aquella choza, en la que vive el zanjero irlandés. Ese bebé tiene escarlatina. Y dicen que el sarampión es corriente en la región, *y* también la viruela *y* la varicela, y que la dentición de los niños es mala. Muchos de los pobrecitos, después de pasar por todo esto, mueren temprano ¡de modo que sufrieron sarampión, paperas, difteria, escarlatina, varicela, cólera morbo, diarrea estival y todo eso, en vano! ¡Ah! ¡Aquí está ese dolor agudo del reumatismo en mi hombro derecho! Lo pesqué una noche en el río del Norte, cuando, en un barco atestado, cedí mi litera a una señora enferma, y permanecí en cubierta toda la noche bajo la llovizna. ¡Este es el agradecimiento que se obtiene por la caridad! ¡Punzadas de dolor! ¡Fuera, reumatismo! ¡No podrías comportarte peor si yo fuera un villano que asesinó a la dama, en vez de protegerla! La dispepsia también... la dispepsia también me trastorna.

¡Hola! Aquí llegan los terneros de dos años, recién soltados del corral a la pradera, después de seis meses de dieta fría. ¡Qué aspecto miserable! Es cierto que el invierno fue duro: los huesos agudos sobresalen como codos; todos acolchados por una sustancia extraña desecada

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

sobre sus flancos como capas de panqueques. Aquí y allá les falta el pelo, y donde no están costrosos o pelados, sus cueros parecen los costados deslucidos de viejas maletas vagando por el prado.

¡Escuchen! ¡Por Júpiter! ¿Qué es eso? ¡Vean! Las mismas maletas levantan las orejas al escucharlo, se detienen y recorren con la mirada la ondulada campiña. ¡Escuchen otra vez! ¡Qué diáfano! ¡Qué musical! ¡Qué prolongado! ¡Qué triunfal canción de gracias en un canto de gallo! ¡Gloria a Dios en las alturas! Dice exactamente estas palabras, tan claramente como jamás gallo alguno las dijo en el mundo. Vaya, vaya, estoy empezando a sentirme un poquito mejor. No estaba tan, tan brumoso, después de todo, si allá a lo lejos comienza a mostrarse el sol. Me siento más reconfortado.

¡Escuchen! ¡Ahí está otra vez! ¿Resonó alguna vez sobre la tierra un canto de gallo tan bienaventurado? Claro, estridente, lleno de coraje, de fuego, de alegría, de júbilo. Claramente dice:

"¡Nunca te rindas!". Es extraordinario, ¿no es cierto, amigos míos?

Descubrí que inadvertidamente, en mi entusiasmo, me había estado dirigiendo a los terneros de dos años, lo que demuestra cómo nuestra auténtica naturaleza se traiciona a veces de la manera más inconsciente. Porque como una criatura de dos años, como un ternero, me había comportado yo, cayendo en el resentimiento, en lo alto de una colina, además, cuando un gallo cantando en las tierras bajas, sin capacidad de discurso razonable, sin un penique en el mundo, y pendiendo constantemente sobre él la muerte a manos de su propietario hambriento, envía a los cielos un canto como el de un poeta laureado celebrando la gloriosa victoria de Nueva Orleans.

¡Escuchen! ¡Ahí está otra vez! ¡Ese debe ser un Shangai, amigos! Ningún gallo nacido en estas tierras cantaría una melodía tan prodigiosamente alborozada. Evidentemente, amigos míos, un Shangai de la raza del emperador de la China.

Pero mis amigos los terneros, alarmados al fin por los clamorosos cantos de victoria, se dispersaban ahora agitando el aire con sus colas, brincando torpemente, poniendo de manifiesto que no se habían movido libremente durante los últimos seis meses.

¡Escuchen! ¡Otra vez! ¿De quién es ese gallo? ¿Quién puede permitirse, en esta región, comprar un Shangai tan extraordinario? ¡Válgame Dios! ¡Me hace hervir la sangre... me siento enloquecer! ¿Qué? ¿Ponerme a saltar aquí, sobre este viejo tronco podrido, para desanquilosar mis articulaciones, y cantar también? Si hasta hace un momento estaba hundido en un pozo de

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

penas. Y todo por el simple canto de un gallo. ¡Gallo maravilloso! Pero no nos exaltemos... Esta clase de gallo canta muy poderosamente ahora, pero recién es de mañana; veremos cómo canta al mediodía, y al caer la noche. Ahora que lo pienso, los gallos cantan casi siempre al comenzar el día. Su ímpetu no es duradero, después de todo. Sí, sí; hasta los gallos sucumben al hechizo universal de la tribulación: jubilosos al comienzo, cierran la boca al final.

"*... En las hermosas mañanas, nosotros, los hermosos y vigorosos*
gallos iniciamos nuestros cantos con alegría;
pero al llegar la noche no cantamos tanto,
porque con la noche llegan el desánimo y la locura."

El poeta pensaba en este mismo Shangai cuando escribió estos versos. Pero detengámonos. ¡Ahora canta otra vez, y su canto es diez veces más rico, más pleno, más dilatado, más estrepitosamente exultante que antes! ¡Es como escuchar la gran campana de San Pablo sonando durante una coronación! En realidad, habría que sacar esa campana, y reemplazarla con este Shangai. Su canto regocijaría a todo Londres, desde Mile End hasta Primrose Hill, y disiparía la niebla.

Bien, esta mañana tengo ganas de desayunar, como si no lo hubiera hecho desde hace una semana. Me proponía tomar sólo té y unas tostadas; pero tomaré café y unos huevos; no, mejor cerveza fuerte y una chuleta. Quiero algo sustancioso. Ah, ahí viene el tren: coches blancos, relampagueando a través de los árboles como un venero de plata. ¡Qué alegremente gorjea la tubería del vapor! ¡Qué alegres están los pasajeros! Allá se agita un pañuelo...

Bajan a la ciudad a comer ostras, y a ver a sus amigos, y a ir al circo. Miren la bruma allá a lo lejos; qué suaves rizos y ondulaciones alrededor de las colinas, y el sol tejiendo con sus rayos entre ellas. Vean el humo azulado del pueblo, como pabellón azulado de un lecho nupcial. Qué brillante se ve el campo donde el río inundó los prados. La hierba vieja tiene que ceder paso a la nueva. Bien, este paseo me hizo bien. Ahora a casa, vamos por esa chuleta y esa botella de cerveza fuerte; cuando la haya bebido -un cuarto de cerveza-, en ese momento, me sentiré casi tan fuerte como Sansón. Sin embargo, ahora que lo pienso, ese acreedor puede venir a visitarme. Visitaré el bosque y cortaré un garrote. Por Júpiter, que lo voy a apalear si me apremia en un día como hoy.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

¡Oigan! Canta nuevamente el Shangai. El Shangai dice: "¡Bravo!". El Shangai dice: "¡Apaléalo!"

¡Ah, gallo valiente!

Me sentí de raro buen ánimo toda la mañana. El acreedor vino a las once. Yo estaba leyendo *Tristam Shandy*. El flaco bribón (¡un granjero flaco, además... piénsenlo!) entró, y me encontró sentado en un sillón, con los pies en la mesa, y la segunda botella de cerveza a mano, con la mirada en el libro.

-Tome asiento -le dije-. Terminaré este capítulo, y lo atenderé. Hermosa mañana. ¡Ja, ja! ¡Esta es una hermosa broma acerca de mi Tío Toby y la viuda Wadman! ¡1a, ja, ja! Déjeme leerle esto.

-No tengo tiempo; tengo que cumplir con mis *faenas* del mediodía.

-Al demonio con sus faenas -dije-. Y no tire su tabaco viejo aquí, o lo echaré.

-¡Señor!

-¡Déjeme leerle esto acerca de la viuda Wadman! Dijo la viuda Wadman...

-Esta es mi cuenta, señor.

-Muy bien. Estrújela, ¿quiere...? Es mi hora de fumar; acérqueme una brasa del hogar, por favor...

-¡Mi factura, señor! -dijo el bribón, palideciendo de rabia y sorpresa ante mi comportamiento inusual (antes yo siempre lo rehuía con rostro pálido), pero demasiado prudente como para delatar la magnitud de su asombro. Me puso la factura delante de la nariz-: ¡Mi factura, señor!

-¡Amigo mío! -le dije-. ¡Qué mañana encantadora! ¡Qué dulce se ve el campo! Dígame ¿escuchó ese extraordinario canto de gallo esta mañana? ¡Beba un vaso de mi cerveza!

-*¿Suya?* ¡Pague sus deudas antes de ofrecer a la gente su cerveza!

-Usted cree, entonces, que propiamente hablando, yo no tengo cerveza -dije, levantándome pausadamente-. Lo sacaré de su error. Le mostraré una cerveza más fuerte que la Varclay y Perkins.

Sin agregar más, agarré a ese acreedor insolente de la holgura de su abrigo (y como era un miserable flaco con barriga de pescado, su abrigo abundaba en holgura), lo até con un nudo marinero y, metiéndole la factura entre los dientes, lo llevé al campo abierto que rodea mi residencia.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-Jake -le dije a mi muchacho-, encontrarás una bolsa de papas pasadas bajo el tinglado. Arrástrala hasta aquí, y saca a papazos a este mendigo. Ha estado pidiéndome que le dé unas monedas, y bien sé que puede trabajar, pero es un haragán. ¡Sácalo a papazos,

Jake!

¡Bendita sea mi estrella, qué canto! El Shangai elevó un peán *y laudamus* tan perfectos, tal triunfal toque de trompetas, que mi alma resopló dentro de mí. ¡Acreedores! ¡Podría vérmelas con un ejército de ellos! ¡Evidentemente, el Shangai opinaba que los acreedores sólo vinieron al mundo para ser pateados, golpeados, machucados, apaleados, sofocados, zurrados, batidos, ahogados, aporreados!

De nuevo en casa, cuando la exaltación de mi victoria se mitigó un poco, me puse a pensar en el misterioso Shangai. No había imaginado que lo oiría tan cerca de mi hogar. ¿Quién sería el rico caballero desde cuyo gallinero llegaba su canto? Y no lo había interrumpido como yo había supuesto que haría. Este Shangai cantaba hasta mediodía, por lo menos. ¿Cantaría el día entero? Resolví averiguarlo. Nuevamente trepé la colina. La región entera estaba bañada ahora en embriagante luz de sol. Un cálido verdor estallaba a mi alrededor. Las cuadrillas trabajaban en el campo. Las aves, otra vez llegadas del sur, cantaban animadamente en el aire. Hasta los cuervos graznaban con cierta unción, y parecían una sombra o dos, menos negros que de costumbre.

¡Oigan! ¡Ahí está el gallo! ¿Cómo describir el canto del Shangai al mediodía? Su canto del amanecer era un murmullo al lado de este. Era el canto más poderoso, más dilatado y más extrañamente musical que haya asombrado nunca a humano mortal. Yo había escuchado a muchos gallos, algunos de ellos verdaderamente espléndidos, ¡pero este! Era tan suave y aflautado en su clamor... tan aplomado en su embeleso de exaltación... tan vasto, ascendente, turgente, encumbrado, como si surgiera de una garganta de oro, muy echada hacia atrás. No sonaba como el canto tonto, pagado de sí mismo, de esos jóvenes gallos aprendices, que no saben nada del mundo y empiezan a vivir con espíritu alegre y audaz, porque viven en miserable ignorancia de lo que puede ocurrir. Era el canto de un gallo que no cantaba irresponsablemente; el canto de un gallo que sabía un par de cosas; el canto de un gallo que había luchado en el mundo y obtenido de él lo mejor, y ahora estaba resuelto a cantar, aunque la tierra se elevara y los cielos se derrumbaran. Era un gallo sabio, un gallo invencible, un gallo filosófico, el gallo entre los gallos.

Otra vez volví a casa lleno de ánimo revigorizado, poseído por una especie de sentimiento

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

de audacia. Pensé en mis deudas y en otros inconvenientes, en los desafortunados alzamientos de los pobres pueblos oprimidos en el extranjero, en los accidentes de barco y de ferrocarril, y hasta en la pérdida de mi querido amigo, embargado por un sereno arrebato de desafío, que me sorprendió. Me sentía como si fuera capaz de encontrarme con la Muerte, invitarla a comer, y brindar con ella por las Catacumbas, en un puro desborde de con fianza y sentimiento de seguridad universal.

Hacia el atardecer volví a la colina, para ver si el glorioso gallo se mostraba animoso desde la salida del sol hasta su ocultamiento. ¡No me hablen de Vísperas ni de toques de queda! El canto vespertino del gallo surgió de su poderosa garganta, se expandió por sobre toda la tierra, y la habitó, como Jerjes llegando de Oriente con sus huestes aladas. Era milagroso. ¡Bendita sea mi alma, qué gallo! Esa noche se posó en su percha, pueden estar seguros, victorioso sobre el día entero, y legando los ecos de sus mil cantos a la noche.

Después de un sueño desacostumbradamente profundo y reparador, me desperté temprano, sintiéndome como un elástico de coche... ágil... elíptico... *vivaz..,* animado como hocico de esturión... y subí a saltos la colina, como una pelota. ¡Oigan! El Shangai se había levantado antes que yo. Son las aves madrugadoras las que atrapan el gusano... cantando como un clarín soplado por una máquina... vigorosamente, puro poder, puro júbilo. Desde las casas de las chacras dispersas por los campos, una multitud de otros gallos también cantaba, y sus cantos se replicaban mutuamente. Pero eran como flautines contra un trombón. El Shangai estallaba súbitamente, interrumpiendo y ahogando todos los otros cantos con su único toque avasallador. Parecía no tener nada que ver con ninguna preocupación ajena. No le contestaba a ningún gallo: cantaba solamente por sí y para sí, en absoluta independencia y con desdén solitario.

¡Oh, gallo intrépido! ¡Oh, noble Shangai! ¡Oh, ave justamente ofrecida por el invencible Sócrates, como testimonio de su victoria final sobre la vida!

Como que estoy vivo, pensé, en este mismo bendito día iré a buscar el Shangai, y lo compraré, aunque tenga que hipotecar una vez más mi tierra.

Escuché atentamente, tratando de descubrir de dónde llegaba el canto. Pero tanto cargaba *y* henchía el aire, *y* tan copioso y rebosante era, que resultaba imposible decir de qué punto preciso provenía esa exaltación. Todo lo que pude decidir fue que provenía del Este, y no del Oeste. Entonces discutí conmigo mismo acerca de la distancia a la que puede oírse el canto de un gallo. En esta región silenciosa y encerrada entre montañas, los sonidos son audibles a gran distancia.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Además, las ondulaciones del terreno, los lindes de las montañas con las colinas y el valle inferior, producen extraños ecos, reverberaciones, multiplicaciones y acumulaciones de resonancia, muy notables cuando se las escucha, y muy sorprendentes cuando se piensa en ellas. ¿Dónde se ocultaba este intrépido Shangai, esta ave del animoso Sócrates, gallo de riña griego que murió impasible? ¿Dónde se escondía? ¿Dónde estás, noble gallo? ¡Canta una vez más, mi Bantam, mi principesco, mi imperial Shangai, mi ave del emperador de la China! ¡Hermano del Sol! ¡Primo del gran Júpiter!

¿Dónde estás? ¡Canta otra vez, y dime dónde vives!

¡Escuchen! El canto estalló, como el de la orquesta completa de todos los gallos de todas las naciones. ¿Pero de dónde venía? De por allá; ¿pero de dónde? No daba información, salvo que venía del Este.

Después del desayuno, tomé mi bastón decididamente, y bajé al camino.

Había muchas moradas señoriales esparcidas por la región, y yo no dudaba de que alguno de esos adinerados caballeros había gastado un billete de cien dólares en algún Shangai real recién importado en el "Trade Wind", o en el "White Squall", o en el "Sovereign of the Seas"; porque tenía que haber sido una intrépida nave con un intrépido nombre la que se encargó de la suerte de tan intrépido gallo. Estaba resuelto a recorrer toda la región y descubrir al noble forastero; pero pensé que no estaría mal averiguar por el camino, en las casas más humildes, si, por casualidad, tenían noticias de un Shangai recién importado, perteneciente a alguno de los caballeros que vienen de la ciudad; porque caía de maduro que ningún granjero pobre, en realidad ningún pobre de ninguna clase, podría ser propietario de semejante trofeo oriental, de una Gran Campana de San Pablo en la garganta de un gallo.

Encontré un anciano arando en un campo próximo al camino.

-Amigo: ¿ha escuchado en los últimos tiempos un extraordinario canto de gallo?

-A ver, a ver -arrastró las sílabas-, no sé... la viuda Crowfoot tiene un gallo... y el señor Squaretoes tiene un gallo... *y* yo tengo un gallo, *y* todos cantan. Pero no sé de ninguno con un canto extraordinario.

-Que tenga buenos días -le dije secamente-. Es evidente que usted no ha escuchado el canto del gallo del emperador de la China.

Enseguida encontré otro viejo, que reparaba una antigua cerca que se había caído. Los

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

travesaños estaban podridos, y a cada movimiento de la mano del viejo se deshacían en un polvo amarillo ocre. Mejor hubiera sido que dejase la verja en paz, o que consiguiera materiales nuevos. Y aquí debo decir que una causa del triste hecho de que la imbecilidad prevalezca entre los granjeros más que en cualquier otra clase de gente, es que emprenden la reparación de cercas podridas, en cálido, relajante tiempo primaveral. Se trata de una empresa sin esperanzas. Una empresa laboriosa, una empresa infinita. Una empresa que rompe el corazón. Enormes esfuerzos despilfarrados en una vanidad. Porque ¿cómo puede uno hacer que cercas podridas se sostengan mediante sujeciones podridas? ¿Qué magia devolverá la vida a palos que han estado helándose y cocinándose durante sesenta inviernos y veranos consecutivos? Es este empeño miserable en rehacer cercas podridas con sus propios maderos podridos lo que lleva a tantos granjeros al manicomio.

La incipiente imbecilidad estaba claramente marcada en la cara del viejo en cuestión. A unos treinta metros delante de él se extendía una de las más infelices y descorazonadoras cercas que yo haya visto en mi vida. Detrás, en un campo, un grupo de novillos, como poseídos por demonios, embestían continuamente esta calamitosa cerca y, dañándola aquí y allá, obligaban al viejo a interrumpir su tarea y perseguirlos para que volvieran a su sitio. Los corría enarbolando un pedazo de cerca grande como la viga de Goliat, pero liviano como el corcho. Al primer floreo se desintegraba en polvo.

-Amigo mío -dije, dirigiéndome a este deplorable mortal-, ¿ha escuchado en los últimos tiempos un extraordinario canto de gallo?

Del mismo modo podría haberle preguntado si había oído la voz de la muerte. Me echó una larga, desconcertada, melancólica e inefable mirada, y sin responderme retomó su desdichada labor.

¡Qué tonto fue, pensé, preguntar por un gallo grato y placentero a una criatura tan ingrata y desagradable!

Seguí la marcha. Ya había descendido de las alturas donde está mi casa, y en la zona baja por la que marchaba no podía escuchar el canto del Shangai que, sin duda, allí pasaba por encima de mí. Además, quizás el Shangai estaba almorzando su maíz y avena, o durmiendo la siesta, y había interrumpido su alborozo por un rato.

Al fin encontré, cabalgando por el camino, a un caballero corpulento, hasta obeso, dueño de una gran fortuna, que le había permitido comprarse recientemente unos nobles acres, y

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

construir en ellos una noble mansión, con un apreciable gallinero, cuya fama se extendía por toda la región. Este es el propietario del Shangai, pensé.

-Señor -le dije-, perdóneme, pero soy vecino suyo, y quiero preguntarle si usted es dueño de algunos Shangai.

-Oh, sí; tengo diez Shangai.

-¡Diez! -exclamé yo, maravillado- ¿Y todos cantan?

-Muy vigorosamente; cantan todos y cada uno de ellos; no conservaría un gallo que no cantara.

-¿Va a volver, y a mostrarme esos Shangai?

-Con gusto: estoy orgulloso de ellos. Me costaron seiscientos dólares.

Mientras caminaba al lado de su caballo, se me ocurrió que quizás había confundido los cantos armoniosamente combinados de diez Shangai a coro, con el canto sobrenatural de un único Shangai.

-Señor -dije- ¿hay uno de sus Shangai que supera a todos los otros por la potencia, musicalidad y efectos inspiradores de su canto?

-Creo que todos cantan de manera muy parecida -replicó cortésmente-. En verdad, no sé si podría distinguir sus cantos entre sí.

Empecé a pensar que, después de todo, mi noble gallo podía no estar en manos de este adinerado caballero. No obstante, entramos en su gallinero, y vi sus Shangai. Permítaseme decir que hasta entonces yo nunca había visto una de estas aves importadas. Estaba al tanto de los altísimos precios que se pagaban por ellas, sabía que eran de enorme tamaño, y había imaginado que su belleza y su brillo eran proporcionales a su tamaño y precio. Cuánta fue mi sorpresa, entonces, al ver diez monstruos color zanahoria, sin la menor pretensión a un plumaje esplendoroso. Inmediatamente decidí que mi gallo real no estaba entre esos, ni podía ser un Shangai, si es que esas gigantescas aves, carne de horca, eran auténticas muestras del verdadero Shangai.

Caminé todo el día, comiendo y descansando en una granja, inspeccionando corrales, interrogando a dueños de aves, y prestando atención a diversos cantos, pero no descubrí al misterioso gallo. En verdad, había andado y me había alejado tanto, que no podía oír su canto. Empecé a sospechar que este gallo era un mero visitante en la región, que había partido al sur en el tren de las once, *y* que ahora estaba cantando *y* regocijándose en algún sitio en las verdosas

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

orillas de Long Island Sound.

Sin embargo, a la mañana siguiente, al oír el toque inspirador, volví a sentir que mi sangre brincaba, volví a sentirme superior a todos los males de la vida, volví a sentirme expulsando a mi acreedor fuera de casa. Pero, descontento con la recepción que le ofrecí en su última visita, el acreedor se quedó afuera. Sin duda estaba enojado; el tonto había tomado en serio una broma inofensiva.

Pasaron varios días, durante los cuales hice varias excursiones a las regiones lindantes, buscando en vano al gallo. No obstante, seguía escuchándolo desde la colina, y a veces desde la casa, y a veces en el silencio de la noche. Si por momentos recaía en mi sombrío desánimo, al mero sonar del canto eufórico y desafiante, mi alma se volvía gallo, batía sus alas, echaba atrás su garganta y lanzaba un jubiloso reto a todo el mundo de aflicciones.

Por último, pasadas unas semanas, me vi obligado a imponer otra hipoteca sobre mi propiedad, para pagar ciertas deudas, entre otras la que me reclamaba mi acreedor, que había iniciado un juicio civil contra mí. La forma en que se me comunicó la iniciación del proceso fue de lo más insultante. Yo había estado saboreando una botella de cerveza de Filadelfia y un poco de queso Herkimer, en el apartado de la taberna del pueblo, y tras advertirle al propietario, amigo mío, que arreglaría cuentas con él cuando recibiera mi próxima letra de cambio, me dirigí hacia el colgador donde había dejado mi sombrero, para tomar un cigarro selecto que allí guardaba, y me encontré con la cédula judicial envolviendo el cigarro. Al desenvolver el cigarro, desenvolví la cédula de notificación del proceso civil, y el alguacil allí presente también se desenvolvió, con voz fuerte:

-¡Notifíquese!

Y añadió, en un murmullo: -¡Chúpese eso!

Me volví a los caballeros presentes en aquel momento en ese bar, y dije:

-Caballeros ¿es este un procedimiento honorable... digamos, un procedimiento legal para librar oficio de una demanda civil? ¡Vean!

Todos opinaron que era una acción extremadamente inelegante del alguacil, sacar ventajas de un caballero que está comiendo su queso y bebiendo su cerveza, para cometer la brutalidad de deslizarle una cédula judicial en el sombrero. Era desconsiderado; era cruel; porque al alcanzarlo la súbita conmoción casi en el instante del almuerzo, impediría la digestión adecuada del queso, que, proverbialmente, no se digiere tan fácilmente como la gelatina.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Al llegar a casa, leí el proceso, y sentí una punzada de melancolía. ¡Mundo cruel! ¡Mundo cruel! ¡Aquí estoy, un tipo tan bueno como el mejor que haya vivido... hospitalario... de corazón abierto... generoso hasta el error, y los Hados me prohíben poseer la fortuna necesaria para bendecir la región con mi generosidad! ¡Mientras tantos ruines tacaños se revuelcan en oro ocioso, yo, corazón hidalgo, soy perseguido con demandas civiles! Incliné la cabeza sobre el pecho, y me sentí desolado, injustamente tratado, ultrajado, mal pagado... En resumen, miserable.

¡Oigan! ¡Como un clarín! ¡Sí, como el jovial estallar de un trueno cargado de campanas, llegó el canto de pura gloria y desafío! ¡Sí, dioses, cómo me levantó! ¡Derecho sobre mis piernas! ¡Más, como si anduviera sobre zancos!

¡Ah, noble gallo!

Tan claramente como un gallo puede hablar, decía: "Deja que se vaya al diablo el mundo con todo lo que contiene. Tú sé jovial, y nunca te rindas. ¿Qué es el mundo comparado contigo? ¿Qué es, sino un pedazo de barro? ¡Sé jovial!" ¡Ah, noble gallo!

-Pero, mi querido y glorioso gallo -murmuré, tras pensarlo un poco-, no se puede mandar este mundo al diablo tan fácilmente; a uno no le resulta fácil sentirse jovial con demandas civiles en el sombrero o en la mano.

¡Oigan! El gallo otra vez. Tan claramente como puede hablar un gallo, decía: "¡Al diablo con la demanda, y al diablo con el tipo que la inició! ¡Si no tienes tierras ni dinero, ve, dale una paliza, y dile que nunca le vas a pagar! ¡Sé jovial!"

Así -a través de las imperativas intimaciones del gallo- fue que opté por el procedimiento de imponer una nueva hipoteca sobre mi propiedad; pagué todas mis deudas, fusionándolas en una obligación hipotecaria nueva. Habiendo recuperado la tranquilidad de este modo, renové mi búsqueda del noble gallo. Pero en vano, aunque lo escuchaba cada día. Comencé a pensar que este misterio encerraba una suerte de engaño; algún asombroso ventrílocuo rondaba mis establos, o mi bodega, o mi tejado, con el propósito de divertirse a mi costa. Pero no: ¿qué ventrílocuo podría emitir un canto tan heroico y celestial?

Al fin, una mañana llegó a casa cierto hombre singular que había aserrado y astillado mi leña en marzo -unas treinta y cinco cuerdas de leña-, y ahora venía por su paga. Era un hombre singular, dije. Alto y enjuto, con larga cara taciturna y, sin embargo, una mirada veladamente feliz, que contrastaba extrañamente con su expresión general. Su aire era serio, pero no deprimido.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Usaba un largo *y* raído abrigo gris, *y* un gran sombrero arruinado. Este hombre había aserrado mi leña a tanto la cuerda. Era capaz de pasarse el día entero aserrando en medio de una tormenta de nieve, sin parpadear siquiera. Jamás hablaba, a menos que se le hablara. Sólo aserraba. Sierra, sierra, sierra... nieve, nieve, nieve. El primer día que vino, traía consigo su comida, y voluntariamente se puso a comerla sentado en su banquillo en medio de la tormenta. Desde mi ventana, donde estaba leyendo la *Anatomía de la Melancolía* de Burton, lo vi. Me precipité afuera con la cabeza desnuda.

-¡Santo Cielo! -exclamé-. ¿Qué está haciendo? Venga. ¿Esto es su almuerzo?

Tenía una buena tajada de pan viejo y otra buena tajada de carne salada, envueltos en un diario húmedo, y remojaba sus bocados mezclándolos con un puñado de nieve fresca en su boca. Llevé adentro a este hombre imprudente, lo ubiqué junto al fuego, le di un plato caliente, de cerdo con arvejas y un jarro de sidra.

-Ahora bien -le dije-, no traiga más aquí ninguno de sus almuerzos húmedos. Sin duda usted trabaja a destajo, pero la comida se la daré yo.

Expresó su reconocimiento de manera calma y orgullosa, pero no desagradecida, y despachó su comida con satisfacción para él y para mí. Me proporcionó placer percibir que apuraba su jarro de sidra, como un hombre. Le tomé más respeto. Cuando me dirigía a él por asuntos de trabajo, junto a su banquillo, lo hacía de la manera más respetuosa y cortés. Interesado en su aspecto singular, impresionado por su admirable aplicación a su sierra -la suya era una ocupación pesada y disgustante para la mayoría de la gente- a menudo traté de colegir, a partir de lo que decía, quién era, qué clase de vida llevaba, dónde había nacido, y todo eso. Pero era un hombre callado. Venía a aserrar mi leña y comer mis almuerzos, si es que yo decidía ofrecérselos, pero no a cotorrear. Al principio me fastidió un poco su hosco silencio, dadas las circunstancias. Pero considerándolo mejor, le tomé todavía más respeto. Aumenté la consideración y la cortesía de mi trato. Llegué a la conclusión de que este hombre había vivido épocas difíciles; que ya había sufrido muchas dolorosas heridas en este mundo; que era de disposición solemne; que obedecía los preceptos de Salomón; que vivía serena, decorosa, sobriamente; y que, aunque muy pobre, era un hombre extraordinariamente respetable. Por momentos imaginé que hasta podría ser ministro o diácono de alguna pequeña iglesia de campaña. Se me ocurrió que no sería mal proyecto presentar la candidatura de este hombre excelente a Presidente de los Estados Unidos. Resultaría un gran corrector de abusos.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Se llamaba Merrymusk. Muchas veces pensé que era un nombre muy jovial para una criatura tan poco jovial. Pregunté a la gente si conocían a Merrymusk, pero pasó algún tiempo hasta que logré averiguar algo acerca de él. Era oriundo de Maryland, y vivía desde hacía mucho tiempo en estas regiones; un hombre vagabundo, y hasta unos diez años antes, derrochador, aunque absolutamente inocente de todo crimen; capaz de trabajar duramente un mes con sorprendente sobriedad, y después gastarse toda su paga en una noche de juerga. En su juventud había sido marinero, pero desertó de su barco en Batavia, donde lo atrapó la fiebre, y estuvo cerca de morir. Se recupero, volvió a embarcarse, llegó a casa, encontró a todos sus amigos muertos, y se dirigió al interior del Norte, donde desde entonces se había quedado. Nueve años atrás se había casado, y tenía ahora cuatro hijos. Su esposa se había convertido en una perfecta inválida; un niño tenía tuberculosis, y los otros estaban raquíticos. El y su familia vivían en una casucha sobre un terreno árido, junto a las vías del ferrocarril, donde este pasaba cerca de la base de una montaña. Había comprado una hermosa vaca para tener abundante buena leche para sus hijos; pero la vaca murió durante una parición, y no pudo comprar otra. No obstante, su familia nunca sufrió por falta de alimentos; él trabajaba duro y se los proporcionaba.

Bien, como antes dije, este Merrymusk había aserrado mi leña y vino por su paga.

-Amigo -le dije- ¿sabe de algún caballero de por aquí que tenga a un gallo extraordinario?

Un destello relumbró en los ojos del leñador.

-No conozco ningún caballero - replicó- que tenga lo que podría ser llamado un gallo extraordinario.

Oh, pensé, este Merrymusk no es el hombre que pueda ilustrarme. Temo que nunca descubriré a ese gallo extraordinario.

Como no tenía todo el cambio para pagarle a Merrymusk, le di lo más que pude, y le dije que en un día o dos daría un paseo hasta su casa, lo visitaría y le entregaría el resto. Así, una hermosa mañana emprendí camino para cumplir con la diligencia. Me costó mucho trabajo encontrar el mejor camino a la casucha. Nadie parecía saber con precisión dónde quedaba. Se alzaba en una parte muy solitaria de la región, al pie de una montaña cubierta de un lado por un denso bosque (la llamaré Montaña de Octubre, en mérito al aspecto sobresaliente que mostraba este mes), y del otro por un pantano lleno de malezas, cortado rectamente por las vías del ferrocarril, que exasperaba muchas veces por día a la mísera casucha con la visión de toda la belleza, rango, moda, riqueza, salud, baúles, plata y oro, telas *y* comestibles, novias *y* novios,

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

esposas y esposos felices, que pasaban volando junto a la puerta solitaria, sin tiempo para detenerse... ¡Flash! Aquí están... y allí se van... Perdidos de vista, de punta a punta... como si esa parte del mundo hubiera sido hecha sólo para pasar por ella con la rapidez de la luz, no para habitarla. Y esto era casi todo lo que la casucha veía de lo que la gente llama "vida".

Aunque algo desorientado, yo sabía al menos en qué dirección quedaba la casucha, y proseguí la ardua caminata. Mientras avanzaba, me sorprendió escuchar al gallo misterioso cantar con más y más claridad. ¿Es posible, pensé, que un caballero dueño de un Shangai viva en una región tan aislada y melancólica? Cada vez más fuerte, cada vez más cercano, sonaba el glorioso y desafiante clarín. Aunque puedo estar perdiendo el rastro de mi aserrador, me dije, gracias al cielo parezco hallarme en camino hacia el gallo extraordinario.

Estaba encantado con esta auspiciosa casualidad. Seguí avanzando, mientras el canto sonaba a intervalos, cada vez más invitador, más jovial, más soberbio; y el último canto venía siempre de más cerca que el anterior. Al fin, al salir de una espesura de saúcos, justo frente a mí, vi a la criatura más resplandeciente que nunca haya bendecido la vista de un hombre.

Un gallo, más parecido a un águila de oro que a un gallo. Un gallo, más parecido a un mariscal de campo que a un gallo. Un gallo, más parecido a Lord Nelson con todas sus refulgentes condecoraciones, parado en el alcázar del "Vanguard", dispuesto a entrar en batalla, que a un gallo. Un gallo, más parecido al emperador Carlomagno envuelto en su túnica en Aix-la-Chapelle, que a un gallo.

¡Qué gallo!

Era de noble tamaño, y se erguía noblemente sobre nobles patas. Sus colores eran rojo, oro y blanco. El rojo estaba sólo en la cresta, que era una cresta vigorosa y simétrica, parecida al casco de Héctor, como se lo pinta en antiguos escudos. Su plumaje era níveo, con trazos dorados. Se paseaba frente a la casucha como un par del reino, la cresta erguida, el pecho henchido, los atavíos bordados destellando a la luz. Su andar era maravilloso. Parecía un noble extranjero. Parecía un rey oriental de alguna magnífica ópera italiana.

Merrymusk se adelantó desde la puerta.

-Dígame -dije, ¿no es este el Signor Beneventano?

-¿Señor?

-Este es el gallo -dije yo, un poco confundido. La verdad es que mi entusiasmo me había hecho incurrir en un descuido necio. Había hecho una alusión ilustrada en presencia de un hom-

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

bre nada ilustrado. Por consiguiente, cuando su honesta mirada me lo hizo comprender, me sentí tonto; pero resolví el asunto declarando que este era el gallo.

Ahora bien, durante el pasado otoño yo había estado en la ciudad, y tenido la oportunidad de presenciar una representación de la Opera Italiana. En esa ópera actuaba como personaje de la realeza cierto Signor Beneventano, hombre de elevada estatura, una persona imponente, ricamente ataviada, como con un plumaje, y de un andar notablemente majestuoso y arrogante. El Signor Benevantano parecía a punto de caerse de espaldas por culpa de su extraordinaria arrogancia. Y por cierto, el paso altanero del gallo parecía el mismísimo paso teatral del Signor Beneventano.

¡Oigan! De pronto el gallo se detuvo, elevó aún más la cabeza, encrespó el plumaje y, como inspirado, lanzó el canto poderoso. La Montaña de Octubre le hizo eco; otras montañas lo mandaron de vuelta; y todavía otras más se le unieron, y el canto desbordó toda la región. Entonces comprendí cómo fue que yo escuché el regocijante sonido desde mi alejada colina.

-¡Bendito cielo! ¿Usted es el dueño del gallo? ¿Este gallo es suyo?

-¡Es mi gallo! -dijo Merrymusk, dejando traslucir cierto furtivo júbilo por los ángulos de su cara alargada y solemne.

-¿De dónde lo sacó?

-Rompió el cascarón aquí. Yo lo crié. -¿Usted?

¡Escuchen! Otro canto. Podría haber levantado a los fantasmas de todos los pinos y cedros derribados en la región. ¡Gallo maravilloso! Habiendo cantado, retomó la marcha, rodeado por un grupo de admiradas gallinas.

-¿Cuánto quiere por el Signor Beneventano?

-¿Señor?

-¡Por ese gallo mágico! ¿Cuánto quiere?

-No lo vendo.

-Le daré cincuenta dólares. -¡Bah!

-¡Cien!

-¡Puf!

-¡Quinientos!

-¡No!

-¿No es usted un hombre pobre?

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-No. ¿Acaso no soy dueño de este gallo, y he rechazado quinientos dólares por él?

-Es verdad -dije, mientras me hundía en hondas reflexiones-, ese es un hecho. ¿No lo va a vender, entonces?

-No.

-¿Lo va a regalar? -No.

-¡De modo que lo va a conservar! -grité, en un acceso de rabia.

-Sí.

Permanecí un rato admirando al gallo, y maravillándome del hombre. Al fin, sentí una redoblada admiración por uno, y una redoblada deferencia por el otro.

-¿No va a pasar? -dijo Merrymusk.

-¿Se podrá convencer al gallo para que se nos una? -repliqué.

-Sí. ¡Clarín! ¡Ven, muchacho! ¡Ven!

El gallo se volvió y se dirigió hacia Merrymusk.

-¡Vamos!

El gallo nos siguió al interior de la cabaña.

-¡Canta!

El techo vibró.

¡Oh, noble gallo!

Me volví en silencio hacia el dueño de casa. Estaba sentado sobre un viejo cofre deteriorado, con su viejo abrigo gris estropeado, con remiendos en las rodillas y los codos, y un sombrero lamentablemente estrujado. Recorrí el lugar con la mirada. Vigas de madera desnudas sostenían el techo, pero de ellas colgaban sólidos trozos de tasajo. Piso de tierra, pero una pila de papas en un rincón, y una bolsa de harina de maíz en otro. Una manta se extendía a través de la sala, y desde detrás llegaban la voz doliente de una mujer y las voces de niños dolientes. Sin embargo, de algún modo, en lo doliente de esas voces parecía no haber quejas.

-¿La Sra. Merrymusk y los niños? -Sí.

Miré al gallo. Se erguía majestuosamente en medio del aposento. Parecía un grande de España a quien hubiera sorprendido un aguacero, obligándolo a refugiarse bajo el cobertizo de algún campesino. Era una extraña y sobrenatural expresión de contraste. Iluminaba la cabaña; glorificaba su pobreza. Glorificaba el cofre estropeado, el abrigo gris remendado y el sombrero estrujado. Glorificaba las mismas voces que en tonos dolientes llegaban desde detrás del biombo.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-Oh, padre -exclamó un vocecita endeble-, que Clarín cante otra vez.

-Canta -exclamó Merrymusk. El gallo se puso en posición. El techo vibró.

-¿No perturba esto a la Sra. Merrymusk y a los enfermitos?

-Canta otra vez, Clarín. El techo vibró.

-¿No los perturba, entonces?

-¿No oyó que ellos mismos *lo piden?*

-¿Cómo es que a su familia enferma le gusta este canto? -dije-. El gallo es un gallo glorioso, con una voz gloriosa, pero no exactamente lo ideal para un cuarto de enfermos, se podría suponer. ¿Les gusta realmente?

-¿No le gusta a usted? ¿No le hace bien a usted? ¿No es inspirador? ¿No imparte coraje? ¿No fortifica contra la desesperanza?

-Todo cierto -dije, quitándome el sombrero con profunda humildad ante el espíritu valiente que se ocultaba bajo el abrigo ruin.

-Aunque -añadí, todavía con alguna desconfianza- un canto tan fuerte, tan maravillosamente clamoroso, podría resultar inconveniente para seres enfermos, y retardar su convalecencia.

-¡Ahora canta como nunca, Clarín!

Salté de la silla. El gallo me asustó, como si fuese un abrumador ángel del Apocalipsis. Parecía cantar sobre la caída de la perversa Babilonia, o cantar sobre el triunfo del justo Josué en el valle de Ashkelón. Cuando recobré un poco mi compostura, una curiosidad me asaltó. Resolví satisfacerla.

-Merrymusk, ¿va a presentarme a su esposa y sus hijos?

-Sí. Mujer, el caballero quiere pasar.

-Es muy bienvenido -replicó una voz débil.

Del otro lado de la cortina, yacía un consumido, pero extrañamente animado rostro humano; y eso era casi todo; el cuerpo, oculto por un cobertor y un viejo abrigo, parecía demasiado escuálido para revelarse a través de tales impedimentos. A la cabecera del lecho se hallaba sentada, asistiéndola, una niña pálida. En otra cama yacían tres niños, uno al lado del otro: otros tres rostros pálidos.

-Oh, padre, no es que no nos guste el caballero, pero permítenos ver a Clarín, también.

A una palabra, el gallo avanzó detrás del biombo y se posó sobre la cama de los niños.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Todos los ojos consumidos lo contemplaron con un placer desbordante y espiritual. Parecían asolearse al radiante plumaje del gallo.

-Mejor que un boticario, ¿eh? -dijo

Merrymusk-. Este es el mismo Dr. Gallo.

Nos apartamos de los enfermos, y volví a tomar asiento, perdido en pensamientos acerca de esta extraña familia.

-¡Usted parece un tipo gloriosamente independiente! -dije.

-Y yo no pienso que usted sea un tonto, ni lo pensé nunca. Señor, usted es una buena persona.

-¿Hay alguna esperanza de que su esposa sane? -dije, tratando modestamente de cambiar de tema.

-Ni la más mínima. -¿Y los niños? -Muy pocas.

-Debe ser una vida dolorosa, entonces, para todos. Este solitario retiro...esta cabaña... el trabajo duro... la época dura.

-¿No tengo a Clarín? El es el que nos levanta el ánimo. Canta en medio de todo; canta en lo más oscuro; continuamente canta: ¡Gloria a Dios en las alturas!

-Ese es exactamente el sentido que atribuí a su canto, apenas lo escuché por primera vez desde mi colina, Merrymusk. Se me ocurrió que algún rico nabab poseía un costoso Shangai. ¡Quién iba a imaginar que un hombre pobre como usted era dueño de este poderoso gallo de raza doméstica!

-¿Un hombre *pobre* como *yo?* ¿Por qué me llama pobre? ¿Acaso mi gallo no glorifica esta tierra, que sin él sería ignominiosa, mezquina, fea? Y toda esta glorificación, yo a usted se la paso gratis. Soy un gran filántropo. Soy un hombre rico... un hombre muy rico, y muy feliz. Canta, Clarín.

El techo vibró.

Volví a casa ensimismado. No estaba del todo convencido de la sensatez de los puntos de vista de Merrymusk, aunque me sentía lleno de admiración por él. Seguía pensando en el asunto ante mi puerta, cuando escuché al gallo cantar otra vez. Es suficiente, Merrymusk tiene razón.

¡Oh, noble gallo! ¡Oh, hombre noble!

Después de esto, no vi a Merrymusk durante algunas semanas; pero al escuchar el canto glorioso y regocijante del gallo, supuse que sus asuntos seguían como de costumbre. Mi propio

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

estado de ánimo era optimista. Me seguía inspirando el gallo. Vi acumularse otra hipoteca sobre mi plantación; pero sólo compré otra docena de botellas de cerveza fuerte, y una docena de docenas de cerveza de Filadelfia. Algunos parientes míos murieron; no usé luto, pero durante tres días bebí preferentemente cerveza fuerte, cuyo color es más oscuro que la de Filadelfia. Escuchaba cantar al gallo en el instante en que recibí las malas nuevas.

-¡Esta cerveza a tu salud, oh gallo noble!

Se me ocurrió volver a visitar a Merrymusk, ya que no lo había visto ni había tenido noticias de él durante algún tiempo. Ya cerca del lugar, no advertí señales de movimiento alrededor de la cabaña. Sentí un extraño presentimiento. Pero el gallo cantó desde el interior, y mi presentimiento se desvaneció. Golpeé la puerta. Una voz débil me invitó a pasar. Ya no estaba extendida la cortina; ahora la casa entera era un hospital. Merrymusk yacía sobre un montón de ropa vieja; la esposa y los niños estaban todos en sus camas. El gallo se había posado en un viejo aro de tonel, colgado de la cumbrera en medio de la cabaña.

-Está enfermo, Merrymusk -dije apenado.

-No, estoy bien -respondió débilmente-. Canta, Clarín.

Algo me oprimió. El alma fuerte en el cuerpo débil me consternaba.

El gallo cantó.

El techo vibró.

-¿Cómo está la Sra. Merrymusk? -Bien.

-¿Y los niños?

-Bien. Todos bien.

Las últimas dos palabras las disparó en una especie de salvaje éxtasis de triunfo sobre el mal. Fue demasiado. Su cabeza cayó hacia atrás. Una servilleta blanca pareció caer sobre su rostro. Merrymusk estaba muerto.

Un miedo espantoso se apoderó de mí.

El gallo cantó.

El gallo sacudió su plumaje como si cada pluma fuera un estandarte. El gallo pendía del techo de la cabaña como antaño lo hicieron de la cúpula de San Pablo los estandartes conquistados. El gallo me aterrorizó por su descomunal portento.

Me acerqué a los lechos de la mujer y los niños. Advirtieron mi extraño temor; sabían qué había ocurrido.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-Mi buen hombre acaba de morir -dijo sin aliento y muy lentamente la mujer-. Dígame la verdad.

-Muerto -respondí yo. El gallo cantó.

Ella cayó hacia atrás sin un suspiro: murió de amor.

El gallo cantó.

El gallo echó chispas de su plumaje dorado. El gallo parecía inmerso en un rapto de benévolo deleite. Saltando desde el aro, subió majestuosamente al montón de ropa vieja sobre el que yacía Merrymusk, y se plantó a su lado como un tenante heráldico. Entonces lanzó una especie de canto de despedida, largo y triunfal, con la garganta muy echada hacia atrás, como si se propusiera que el sonido llevara al alma del aserrador de leña hasta el séptimo cielo.

Después se dirigió, como un rey, hacia el lecho de la mujer. Otro canto celestial y exaltado, que hizo pareja con el anterior.

La palidez de los niños se había transformado en resplandor. Sus rostros brillaban celestialmente a través del tizne y la suciedad. Parecían hijos de emperadores y de reyes, disfrazados. El gallo saltó sobre su cama, se estremeció y cantó, y volvió a cantar y cantó una y otra vez nuevamente. Parecía dispuesto a cantar las almas de los niños fuera de sus cuerpos consumidos. Parecía dispuesto a reunir inmediatamente a toda la familia en lo más alto. Los niños parecían secundar sus esfuerzos. Enormes, profundos, intensos anhelos de liberación los transfiguraron en espíritus ante mis ojos. Vi ángeles donde ellos yacían.

Estaban muertos.

El gallo sacudió el plumaje sobre ellos. El gallo cantó. Ahora era como un ¡Bravo!, como un ¡Hurra!, como un ¡Tres veces tres, hip, hip, hurra! Marchó fuera de la cabaña. Lo seguí. Voló a la cúspide de la casa, extendió las alas cuan anchas eran, dejó oír una nota sobrenatural, y cayó a mis pies.

El gallo estaba muerto.

Si usted visita ahora esa región montañosa, verá, cerca de las vías del ferrocarril, justo al pie de la Montaña de Octubre, del otro lado del pantano... verá una lápida, no con una calavera y unos huesos cruzados, sino con un poderoso gallo en el acto de cantar, grabado en ella, y a su pie las palabras:

Muerte, ¿dónde está tu aguijón? Tumba, ¿donde está tu victoria?

El aserrador de madera y su familia, con el Signor Beneventano, yacen en ese sitio. Yo los

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

sepulté y coloqué la piedra, que es una piedra preparada por encargo; y nunca desde entonces volví a sentir lúgubres depresiones; en cualquier circunstancia, a cualquier hora que sea, canto un canto continuo.

¡Quiquiriquí! ¡Quiquiriquí!

FIN

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com